

ó la hipoteca, por la cual el deudor pone en manos del acreedor, ó aplica, para seguridad de la deuda, una cosa de que este no se desprende hasta estar satisfecho.

Algunas veces se convienen en que el acreedor perciba la renta de la cosa que tiene en prenda, para compensar el interes de su dinero. Esto es lo que se llama *pacto de anticresis*.

Si el deudor no paga al tiempo señalado, el acreedor puede vender la prenda ó la hipoteca para cobrarse, ó guardarla para sí en un precio justo.

Todo el tiempo que el acreedor tenga la prenda en su poder, debe cuidarla como á sus propios bienes, y restituirla al deudor inmediatamente que se haya reintegrado.

La hipoteca no difiere de la prenda, propiamente así llamada, sino en que la prenda pertenece á las cosas mobiliarias que se entregan actualmente al acreedor; en lugar que la hipoteca consiste en asignarle y aplicarle solo una cierta cosa, sobre todo inmueble, por cuyo medio puede indemnizarse en caso de que el deudor no le pague.

CAPITULO XIII.

Como finalizan las Obligaciones que se contraen por algun convenio.

Nos desempeñamos de diferentes maneras de las obligaciones contraidas en algun convenio, y por consiguiente de los deberes que resultan de él.

1º La manera mas natural es efectuar lo que está convenido: es indiferente que el sugeto mismo que está obligado sea el que satisfaga la obligación, ó que otro cualquiera lo haga por él y en su nombre; porque con tal que el acreedor quede satisfecho, el deudor se halla excluido. Es preciso satisfacer al mismo á quien estamos obligados, ó á las personas á quienes encargue recibir en su nombre la cosa prometida.

En fin, debemos ejecutar precisamente aquello en que estamos convenidos, y no otra cosa equivalente; debemos hacer ó dar el todo y no una parte solamente, y en el parage y término estipulados en el convenio. La humanidad sin embargo exige que un acreedor ceda alguna

cosa de su derecho, y que tenga consideracion con un deudor pobre, contentandose con lo que este pueda pagar.

2° La *compensacion* es otro medio de librarse de una obligacion. Es el finiquito recíproco de dos personas que se deben mutuamente una cosa de la misma especie y del mismo valor, bien entendido que la deuda ha de estar líquida por una y otra parte.

Asi se evita el rodeo inútil de muchos pagos, porque los deudores mutuos se verian obligados á volver primeramente lo que habian recibido el uno del otro: lo mas breve es por consiguiente, que cada uno retenga lo que debe en compensacion de lo que le es debido.

3° Quedamos tambien escludidos de una obligacion, cuando aquel á quien estamos obligados tiene á bien eximirnos de ella.

4° Las obligaciones recíprocas se disuelven por una retractacion mutua de las partes, á menos que alguna razon particular ó alguna ley positiva prohiba deshacer la compra hecha.

5° La infidelidad de uno de los contratantes que no cumple su palabra, exime al otro de la suya, y rompe ó destruye la obligacion de este. La razon es, que las obligaciones respecti-

vas de las partes estan comprendidas una en otra, en forma de condiciones tácitas.

6° Las obligaciones, fundadas únicamente en cierto estado de las personas, se desvanecen desde el momento en que este estado deja de subsistir. Asi, un ciudadano no está obligado á obedecer á los magistrados de una república desde el momento que pasa al pais de otro gobierno, ó cuando los que eran magistrados dejan de serlo.

7° El *tiempo* solo destruye las obligaciones cuya duracion depende de un cierto término fijo.

8° Un deudor se liberta algunas veces por una *delegacion*; este es un acto por el cual sustituimos un tercero, que, siendo nuestro deudor, se obliga por nosotros con el acreedor, prometiendo pagar en nuestro nombre lo que nos debe él mismo. El consentimiento del acreedor es aquí absolutamente necesario, pero no el del tercer deudor. Porque cuando se debe, no importa á quien se paga; pero un acreedor tiene mucho interes en no recibir cualquiera clase de deudores que se quieran sustituir.

9° En fin, la muerte aniquila las obligaciones

puramente personales cuya ejecucion imposibilita. Pero si las obligaciones del difunto son reales, los herederos que suceden en los bienes estan obligados á cumplirlas.

Del Matrimonio.

Ademas de los establecimientos humanos que hemos recorrido hasta aquí, hay todavía algunos otros que no son menos considerables, y que es necesario examinar con cuidado, porque son de grande consideracion para la felicidad de la sociedad humana : hablo del *matrimonio* y de la *familia*.

La materia del matrimonio es igualmente importante y delicada : bien se conoce que una sociedad tan interesante, que es por decirlo así el principio y el fundamento de todas las demas, se ha de dirigir por sabias leyes ; y la esperiencia ha manifestado suficientemente que el abandono inconsiderado del hombre á los placeres del amor le acarrea las resultas mas funestas.

Para tratar esta materia con alguna precision, harémos ántes varias observaciones preliminares, establecerémos despues los primeros principios, y en fin verémos circunstan-

ciadamente cuales son las reglas que la razon prescribe al hombre para dirigir esta sociedad, que es la primera de todas.

§ I. *Observaciones preliminares.*

1º Como nos proponemos investigar lo que la razon natural prescribe al hombre con respecto al *matrimonio*, es preciso cuidar primeramente de no confundir las leyes positivas, sean divinas ó humanas, con las leyes naturales. Esta confusion ha oscurecido muchas veces esta materia.

Seria racionar malpretender por ejemplo, que todas las leyes que impuso Dios en otro tiempo á los judíos acerca del matrimonio sean otras tantas leyes naturales; porque no siendo estas leyes una consecuencia precisa de la naturaleza de esta sociedad, y no teniendo con ella una conexion necesaria, se las debe mirar como leyes positivas y arbitrarias.

2º Es necesario observar despues, que en materia de derecho natural las pruebas que se sacan del consentimiento y de las costumbres de las naciones, ó de las opiniones de los filósofos, no bastan para establecer que tales ó cuales cosas son de derecho natural; porque

bien sabemos cuanto se han extraviado en las materias mas importantes las naciones mas sabias y mas ilustradas.

3º La tercera observacion es, que una de las cosas que mas han contribuido á oscurecer esta materia del matrimonio, son los principios y las hipótesis de los eclesiásticos, principalmente de los de la comunion romana. En esto debemos fijar la atencion.

El matrimonio considerado en sí mismo es un *acto civil* que no tiene conexion directa con la religion. Por los principios sacados de la naturaleza misma de este contrato y de la conexion que tiene con la sociedad humana, debemos por consiguiente decidir las cuestiones particulares que le pertenecen; y nada de esto corresponde á la inspeccion de los eclesiásticos.

4º Para conocer los verdaderos principios de esta materia, necesitamos atender principalmente á la naturaleza de la sociedad conyugal, y á las diferentes relaciones que contiene, y no podemos conocer bien la naturaleza de una sociedad, sino examinando su destino y su fin: entiendo el fin natural y legítimo, es decir, el que Dios mismo se ha propuesto.

5º Finalmente, debemos observar tambien que, al establecer los principios naturales acerca del matrimonio, no debemos hacerlo de una manera demasiado abstracta y metafísica, refiriendolos únicamente al estado *primitivo natural*, sino que hemos tambien de atender al *estado civil* en el cual viven los hombres actualmente.

Y en efecto, lo que la recta razon quiere que observemos en la sociedad civil con respecto al matrimonio, es tan del derecho natural como lo que puede ordenar en el estado de naturaleza ó independencia; y por consiguiente, si el estado presente de la sociedad exige que se limite un poco mas la libertad del hombre en esta materia, que lo seria quizá en el estado de naturaleza, esta limitacion en nada se opone al derecho natural.

§ II. Principios generales acerca del Matrimonio.

La primera cosa que se presenta cuando se examina la naturaleza del hombre con respecto á los placeres del amor, es aquella inclinacion natural que le dirige á ellos.

Parece evidente que esta inclinacion es na-

tural al hombre por la diferencia de los sexos, y porque las mismas causas naturales, que contribuyen al mantenimiento de la vida y de las fuerzas, concurren también por necesidad á producir en el hombre los movimientos que le conducen al amor y al placer.

Por otra parte, es tan violenta por sí misma esta inclinacion, y tiene tal grado de vivacidad, que es capaz de arrastrar al hombre á los mayores extremos, de tal manera que no hay obstáculos ni peligros que no arrostre para satisfacerla.

Pero por mas natural que sea esta inclinacion, y por mas vivacidad que tenga en sí misma, no por eso debemos inferir que no haya de sujetarse á ninguna regla, ó que el hombre puede seguirla sin reserva y satisfacer de cualquier modo sus deseos. Al contrario, el hombre se halla mucho mas interesado en contenerlos con prudente circunspeccion, porque la esperiencia diaria le manifiesta que los mayores desórdenes y las mayores desgracias son las consecuencias inevitables del abandono considerado á los deleites y á los placeres.

Concluyo pues que, por mas vivacidad que tenga el instinto natural del hombre por el

placer, debe sin embargo estar siempre subordinado á la razon, como regla universal de todos los movimientos del hombre, y que no puede abandonar jamas sin riesgo de perderse. Añado tambien, que cuanto mas vivos son los estímulos del amor, tanto mas debe la razon precaver los desórdenes que pueden ocasionar.

Y en efecto, si el instinto que dirige al hombre á su conservacion, que sin duda es el mas fuerte de todos, debe estar sin embargo sujeto á la razon y ceder al deber, ¿por que hemos de exceptuar de esta regla la inclinacion del hombre al amor?

En una palabra, si el hombre fuera un puro animal, y no tuviera otro principio de direccion que el instinto, este seria entónces la única regla que debería seguir; pero puesto que hallamos en él un principio superior y mas noble que el instinto, este principio ha de ser ciertamente la regla universal de sus movimientos y de sus acciones.

Pero en fin ¿cuales son las reglas que la razon presenta al hombre sobre esta materia?

Respondo, que para conocerlas no hay mas que atender al objeto que Dios se ha propuesto

formando al hombre susceptible de los placeres del amor.

El fin principal que se ha propuesto la Providencia es sin duda la conservacion del género humano; porque estando el hombre por su naturaleza sujeto á la muerte, hubiera sido necesario, ó que Dios criase todos los dias nuevos hombres, ó que el género humano pereciese con la primera generacion, si no hubiera establecido un medio de reparar las pérdidas de la sociedad.

Aun no es esto solo, y el objeto de Dios no es únicamente que el hombre trabaje en la multiplicacion del género humano, sino que quiere tambien que se aplique á esta obra importante de una manera digna de un ser racional y sociable, y que provea sobre todo al interes de los hijos.

Esto produce otras muchas cosas: el cuidado del cuerpo y de la salud, la conservacion y última perfeccion de las facultades del alma, una atencion constante á los intereses de la sociedad humana, el alimento y educacion de los hijos: todo esto se encierra en aquellas ideas.

¿Convendria en efecto á un ser racional é

inteligente abandonarse con tanta ceguedad á los primeros movimientos de la naturaleza, que los placeres que busca se le convirtiesen en un manantial fecundo de dolores y de amarguras? ¿Que su cuerpo debilitado y su espíritu sumergido en la molocia y en la languidez le redujesen á un estado peor que la misma muerte?

¿Convendria ademas al hombre, que es una parte de la sociedad y que ha nacido para ella, abandonarse á los placeres con perjuicio de esta misma sociedad, y de un modo que turbase el orden y las delicias de ella?

En fin, es necesario sobre todo tener consideracion á lo que exige el provecho de los hijos, cuyo alimento y educacion son el objeto principal de la Providencia. La sociedad se halla tambien tan particularmente interesada en ello, que podemos asegurar que la atencion ó la negligencia de los hombres en esta materia es la causa próxima de la felicidad ó de la desgracia de la sociedad en general, de la de las familias y de los particulares que las componen.

Concluyo de estas reflexiones, que no se debe considerar el matrimonio simplemente

como una sociedad que se termina solo en la union de dos personas de diferente sexo por su provecho particular ó por su placer; sino que al contrario, es preciso mirarla como una sociedad relativa, y por decirlo asi preparatoria á la sociedad paternal y á la familia: esto es lo que no debemos perder jamas de vista.

Siendo esto asi, debemos decir que el matrimonio es la sociedad de un hombre y de una muger que se obligan á amarse, á socorrerse, y que se prometen recíprocamente favorecerse, con el fin de tener hijos y de educarlos de una manera conveniente á la naturaleza del hombre, al beneficio de la familia y al bien de la sociedad.

Y como toda sociedad comprende la union de muchas personas para su provecho comun, la razon pide que se provea en ella al bien de todos en general y de cada uno en particular; y la ley de la equidad lo exige de este modo.

He aquí pues la regla general que la naturaleza y la razon quieren que siga el hombre en cuanto al matrimonio: que tengamos consideracion á lo que exige el beneficio de los padres y de los hijos, y que la utilidad combinada de estas personas, prudentemente ar-

reglada entre ellas y dirigida sin apelacion al bien de la sociedad, es la que debe servirnos de primer principio y de regla fundamental.

Añadirémos tambien dos observaciones importantes á los principios que acabamos de establecer.

La primera es, que en el matrimonio no basta tomar por regla lo que considerado en sí mismo y con todo rigor seria permitido, sino que es preciso tambien consultar la honestidad y la moderacion.

Y en efecto hay muchas cosas que consideradas en sí mismas parece que nada tienen de malo, y que sin embargo producirian consecuencias muy funestas si se las mirase en general como permitidas.

Y ciertamente, si la moderacion es provechosa al hombre en todas las circunstancias de la vida, podemos asegurar que aquí es de absoluta necesidad; porque cuanta mas vivacidad y fuerza tienen los movimientos que le conducen á los placeres, tanto mas atentas deben estar tambien la razon y la ley natural para reducirlos á justos límites, y templar lo que pudieran tener de peligroso en sus arrebatos.

Mi segunda observacion es, que examinando cuales son las leyes que deben establecerse con respecto al matrimonio, es necesario atender principalmente á lo que exige la utilidad comun, aunque sea con perjuicio de la particular, si hay entre ellas alguna oposicion. Porque, aunque el fin de las leyes ha de ser la utilidad de cada uno en particular, sin embargo el bien público y comun es su primer y principal objeto.

Seria pues un absurdo preferir la parte al todo; y las leyes que establecen reglas generales y universales, no deben estar limitadas á lo que puede exigir el interes de un hombre en particular. Tales son los principios generales que la razon nos dicta acerca del matrimonio: ahora debemos aplicarlos á las cuestiones particulares.

§ III. *Descripcion circunstanciada de las leyes naturales pertenecientes al Matrimonio.*

La primera cuestion que se presenta, es: si los hombres tienen alguna obligacion de casarse?

Respondo, que considerando la cuestion en

general, no hay duda que la intencion de Dios es que el género humano se conserve por medio de la propagacion de la especie; pero yo añado que no se puede inferir de esto sin embargo que cada hombre en particular esté obligado á casarse, de suerte que falte á su deber si omite hacerlo.

Y en efecto, las miras de la Providencia no son solamente que los hombres se multipliquen, quiere ademas que esta multiplicacion se haga de modo que redunde en provecho de los padres, y en bien de los hijos y de la sociedad. Para esto es preciso que los hombres tengan presentes muchas cosas, á saber: si se hallan con inclinacion al matrimonio, y en estado de desempeñar el cargo de padres de familia, de alimentar y criar los hijos, etc. En una palabra, este es un asunto que pide la mayor prudencia.

El celibato no tiene en sí mismo por consiguiente nada de ilegítimo, siempre que los que viven en este estado no le abracen para abandonarse al libertinage y á la relajacion.

Sin embargo, si atendemos á lo que conviene al hombre y al bien de la sociedad, conoceremos que es ventajoso por todos títulos

que se casen los que pueden hacerlo convenientemente.

Porque no solo consiste la principal fuerza del Estado en el número de sus habitantes, sino que además se ha observado siempre que, en igualdad de circunstancias, el hombre casado que tiene muchos hijos, es mejor ciudadano y está más adherido al bien público que los que permanecen en el celibato. Esto depende de que se halla unido á la sociedad con vínculos más estrechos : miramos á los hijos como á nosotros mismos, que son, por decirlo así, ramas de un mismo tronco que están identificadas con él : son propiamente una extensión del amor propio.

La buena política exige pues que los soberanos hagan cuanto puedan para fomentar los matrimonios : también la historia nos enseña que en las naciones más sabias se daban recompensas y privilegios á los que llegaban á ser padres de muchos hijos, y aun tenían penas establecidas contra el celibato.

En fin, si se reflexiona atentamente sobre la constitución de la naturaleza humana, y sobre los principios que hemos establecido ántes, se conocerá que de ningún modo es con-

veniente que la propagación de la especie se haga por medio de uniones vagas y licenciosas.

Esto se opondría directamente á la multiplicación del género humano, al provecho de los padres y sobre todo al de los hijos, lo cual basta para considerar esta licencia como contraria al derecho de la naturaleza : es pues necesario sujetar el matrimonio á ciertas leyes.

Para conocer cuáles son estas, es preciso observar primero, que podemos considerar el matrimonio bajo dos aspectos diferentes, á saber : ó simplemente como un contrato ó sociedad, ó bien como una sociedad que tiene por objeto la felicidad común de los consortes, la propagación de la especie, y la educación de los hijos.

El matrimonio, considerado bajo el primer punto de vista, exige, como cualquiera otro convenio, que los que le contraen tengan el uso de la razón, y den su consentimiento con conocimiento de causa y en una completa libertad ; y por consiguiente, que este mismo consentimiento esté esento de error, de sorpresa y de violencia.

Esto mismo reconocen los jurisperitos romanos. *Furor contrahi matrimonium no si-*

nit, quia consensu opus est. Leg. XVI, § II, d. de re. n. lib. XXIII, tit. III. Non cogitur filius familias uxorem ducere; patronus non potest. Leg. XXVIII, d. cod. Neque ab initio matrimonium contrahere quisquam cogi potest, unde intelligis liberam facultatem contrahendi matrimonii transferri ad necessitatem non oportere. Leg. XIV, cod. de nupt. lib. V, tit. IV.

Pero si se mira el matrimonio como una sociedad cuyo principal objeto es la propagacion de la especie, entónces exige muchas cosas que son una consecuencia del fin para que se ha establecido.

Y 1º es necesario que las partes contratantes se hallen en la edad de pubertad, es decir, que esten aptos para tener hijos.

2º El hombre que se casa quiere tener hijos que sean suyos y no supuestos ó bastardos: es por consiguiente una condicion esencialmente necesaria al matrimonio, que la muger prometa al hombre con quien se casa una verdadera fidelidad, y no conceder sino á él solo el uso de su cuerpo.

El interes del marido, de la muger misma y de los hijos lo exigen así. ¿Que hombre su-

friria las incomodidades de una muger, si no se creyese autor de su preñez? ¿Quien se encargaria de la educacion de los hijos, no creyendo que eran suyos? ¿y como se reconocerian estos hijos si las mugeres no se obligasen á guardar una fidelidad exacta?

Añadase á esto, que si se concediese en este punto mayor libertad á las mugeres, se destruirian los vínculos mas estrechos y mas dulces del matrimonio, que resultan de los hijos comunes, tiernas prendas de su cariño.

En una palabra, esta licencia no tendria mas objeto que satisfacer una pasion desordenada, que, una vez satisfecha, jamas se la pondrian límites.

Pero ¿que confusion y que desórden no produciria esto? Concluyamos pues, que no hay cosa mas contraria á las leyes naturales y á los principios que deben servirnos de regla, que esta especie de poligamia, por la cual tuviese la muger al mismo tiempo muchos maridos.

3º Es una consecuencia de lo que se acaba de decir, que la muger se obligue á estar siempre con el marido, á vivir con él en sociedad estrecha, y á no componer mas que

una familia. Este es el mejor medio de criar bien los hijos, y los padres deben reunir sus cuidados para conseguirlo: de este modo está mas seguro el marido de la castidad de su esposa, y ámbos se hallan en situacion de proporcionarse una vida tranquila y agradable.

Estos son los verdaderos fundamentos de la autoridad del marido sobre la muger, que al mismo tiempo manifiestan que á él le pertenece mandar en la casa; y esta es en fin la razon de la máxima comun, que cada uno pase por hijo del marido de su madre, á menos que no haya pruebas evidentes que destruyan esta presuncion.

Ille pater est quem justæ demonstrant nuptiæ.

Leg. V, d. de in jus vocando.

4º Pero ¿ que debemos pensar de la *poligamia* propiamente asi llamada, que consiste en tener muchas mugeres al mismo tiempo? ¿ Es absolutamente contraria al derecho natural?

Respondo, que esta especie de poligamia no tiene todos los inconvenientes de la primera, y que no parece, hablando en rigor,

absolutamente mala por su naturaleza, ni que podamos probar que sea enteramente contraria al derecho natural.

Añado sin embargo, que, todo bien considerado, la *monogamia* es sin contradiccion la especie mejor de matrimonio, la mas perfecta, y la que mas conviene al marido, á la muger, á los hijos, al bien de las familias y al de la sociedad.

En efecto la *poligamia* trae consigo muchos inconvenientes: reduce las mugeres á una condicion menos favorable y casi servil: da lugar á disensiones domésticas, á zelos, á odios que se perpetuan muchas veces entre los mismos hijos: produce en ellos preferencias siempre peligrosas, y su educacion no puede ejecutarse de una manera tan conveniente.

Todo lo dicho manifiesta suficientemente que el matrimonio de un solo hombre con una sola muger merece la preferencia.

5º Otra cuestion es, ¿ si por solo el derecho natural es el matrimonio una sociedad indisoluble que debe durar tanto como la vida, ó si es permitido el divorcio?

Siguiendo los principios que hemos establecido ántes, digo que la naturaleza y el fin del

matrimonio manifiestan que esta sociedad debe ser de alguna duracion; porque, puesto que el matrimonio tiene por objeto no solamente dar al mundo hijos, sino tambien educarlos, y que la ley natural impone á los padres la obligacion de trabajar de acuerdo y con cuidado para conseguirlo, la razon exige que el marido y la muger permanezcan unidos á lo menos todo el tiempo necesario para criar sus hijos hasta la edad de la madurez, en que pueden conducirse por sí mismos y cumplir sus deberes.

Siendo esto así, podemos decir que, segun el derecho natural, el matrimonio es por su naturaleza una sociedad indisoluble; porque no es verosímil que un hombre y una muger, que han vivido juntos hasta haber criado todos sus hijos, quieran prevalecerse de la libertad de separarse, aun cuando se les concediese. Ademas, ahora verémos que la facilidad del divorcio tendria consecuencias muy funestas.

6º Suponiendo que el matrimonio es por sí mismo una sociedad perpetua, pueden sin embargo ocurrir casos que autoricen el divorcio.

Cualquiera especie de sociedad está fundada en ciertas condiciones esenciales, y la obliga-

cion de una de las partes es relativa á la de la otra, de tal modo que si la una falta á las obligaciones esenciales del contrato, la otra se halla en libertad. Estas máximas se aplican tambien al matrimonio.

Y primeramente, puesto que el objeto del matrimonio es no solamente vivir juntos, sino tambien tener hijos, se sigue que por el derecho natural la deprecion maliciosa del marido ó de la muger, una repulsa obstinada al deber conyugal y la impotencia, son causas legítimas del divorcio.

Despues de esto, como hemos visto arriba que es una cosa esencial al matrimonio que la muger prometa una completa fidelidad á su marido, de aquí se sigue que el adulterio es una justa causa de divorcio.

En el matrimonio se obliga la muger á someterse á la direccion de su marido para los negocios de la familia, y á socorrerle, en cuanto pueda, con todo el esmero de que es capaz y con la dulzura de su trato; y el marido por su parte promete amarla, protegerla, tratarla bien, etc.

Por consiguiente examinando este punto con el rigor del derecho natural, la violacion enor-

me de estas obligaciones, producida por una manera de obrar insoportable, ó por una incompatibilidad de humor furioso que no puede corregirse de ningun modo, serian tambien motivos suficientes de divorcio.

Tales son las principales causas del divorcio autorizadas por el derecho de la naturaleza, sobre lo cual es necesario sin embargo hacer las reflexiones siguientes.

La primera es, que el interes de la sociedad exige que se pongan límites estrechos á la libertad del divorcio, y que no se permita sino en un corto número de casos y por causas importantes.

Esto es lo que exige el bien de los hijos, la tranquilidad y buen orden de la sociedad. Desde luego se infiere cuanto padecerian los hijos si se concediese á los hombres en esta materia una libertad ilimitada, y cuanto contribuiría á aumentar el desorden y la licencia.

La esperiencia de todos los tiempos ha justificado tambien esto mismo en los pueblos que permitian la disolucion del matrimonio, y particularmente entre los romanos. En esta materia pueden consultarse los historiadores y las

mismas leyes romanas. *Vid. diss. nost. de matrim. thos. V et sequent.*

La segunda reflexion que nace de la primera, es que en el día se han limitado con razon las causas del divorcio á solo dos, que son el adulterio y la desercion maliciosa, conforme al espíritu del Evangelio. Veanse *San Mateo, cap. V, v. XXXII y sig. cap. IX, v. XIX. San Marcos, cap. X, v. II. San Lucas, cap. XVI, v. XVIII.* Epístola primera de *San Pablo á los corintios, cap. VII, v. XV.*

La tercera reflexion es que no debemos tomar lo que acabamos de decir como si no pudiese haber absolutamente mas que dos causas de divorcio: yo juzgo al contrario, que un magistrado cristiano puede, sin oponerse al Evangelio, admitir algunas otras, como por ejemplo una sentencia de muerte ó un destierro perpetuo por algun crimen capital; lo cual se puede admitir tanto mejor, por quanto no está sujeto á ninguno de los inconvenientes de que hemos hablado arriba.

En fin si se pregunta ¿por que los matrimonios entre parientes ó deudos en ciertos grados se miran no solamente como deshonestos é ilícitos, sino tambien como enteramente nu-

los, y si esto es de derecho natural ó solamente de derecho positivo?

Respondo, que si atendemos á lo que exige el bien de las familias, el beneficio de la sociedad y las reglas de la honestidad y de la moderacion, hallaremos razones para probar que el derecho natural prohíbe esta clase de matrimonios, á lo menos entre padres é hijos y entre hermanos y hermanas.

Porque 1º no se puede dar ninguna razon sólida para autorizar estos matrimonios, y porque no son de ninguna manera necesarios.

2º Porque parecen contrarios en sí mismos á la honestidad, ya sea porque la familiaridad que produce naturalmente el matrimonio entre los esposos es incompatible con el respeto que deben los hijos á sus padres, ó ya principalmente porque si estos casamientos fuesen permitidos, la amistad y franqueza que reina entre los hijos de una misma familia ocasionaria mil desórdenes, y se veria muy pronto desaparecer el pudor y la modestia que sirven, por decirlo así, de freno á la licencia, y que son la mayor seguridad que tiene la virtud.

3º Porque en fin conviene sin contradiccion al bien del Estado que los hombres tomen mu-

geres fuera de su propia familia, para que contrayendo alianzas con otras estrañas, se estiendan cuanto sea posible los vínculos y las amistades, y para que formando muchas familias, por decirlo así, una sola, haya mas union entre los ciudadanos, y esten mas dispuestos á socorrerse los unos á los otros.

He aqui lo que puede decirse sobre estas especies de matrimonios, que basta para manifestar que no sin fundamento se les mira hoy como contrarios á la razon, al buen orden y á la honestidad.

CAPITULO XIV.

De la familia, del poder paternal, y de los deberes recíprocos de padres, madres, hijos y criados.

Del *matrimonio* provienen los hijos, que, reunidos con los que les han dado el ser, forman esta sociedad que se llama *familia*. La ley natural ordena á los padres que cuiden de sus hijos, los alimenten y les den una educacion conveniente; y quiere al mismo tiempo que estos reconozcan á sus padres como á sus superiores, y que se conformen con respeto á